

AGENDA CIUDADANA

LAS ELECCIONES DEL VECINO Y NOSOTROS

Lorenzo Meyer

El Juego Electoral Norteamericano nos Concierno, Aunque Seamos Meros Espectadores.- En materia de elecciones, con lo que sucede dentro de nuestras fronteras ya tenemos bastante para preocuparnos como para, adicionalmente, tener que hacerlo por los resultados de las elecciones en otros países. Sin embargo, lo que decidan los electores de la única potencia mundial –los del país vecino del norte-- tendrá repercusiones aquí y en el resto del planeta. Poco podemos hacer para influir en los resultados de la consulta electoral al norte del río Bravo, pero al menos tenemos que entender lo que está allá en juego para prepararnos a enfrentar aquí sus posibles consecuencias.

En principio, cuando un presidente norteamericano se propone buscar su reelección, como ahora lo hace George W. Bush, arranca con la enorme ventaja que le da ser el ocupante de la Casa Blanca. La oposición lo mismo que los descontentos dentro de su propio partido que pretendan disputarle la candidatura, la tiene cuesta arriba. En la práctica, los que le desafían desde dentro no buscan desbancarlo sino influir en la plataforma o programa del partido. En esta ocasión, Bush no tiene a su derecha a ningún líder republicano más conservador que él, y suponer hoy la posibilidad de un candidato republicano a la izquierda es absurdo: ahí no hay nadie. Así, las cosas, la próxima convención Republicana de agosto servirá sólo para darle un respaldo absoluto al actual presidente y a su compañero de fórmula, que no será otro que el actual vicepresidente – Dick Cheney--, un personaje aún más conservador que el propio Bush. En esas condiciones –las de un Partido Republicano enteramente dominado por la derecha religiosa-- al retador del Partido Demócrata –John Kerry-- no le queda otra posibilidad que ocupar una posición

a la izquierda del presidente, es decir, en una zona que en casi cualquier otro país se le consideraría centro-derecha, pero que en mapa político de Estados Unidos es la izquierda posible (la imposible es la de Ralph Nader).

Una Guerra que Pareciera no ser Tal.- En principio, Estados Unidos es un país en guerra, y ese elemento podría ser el definitorio de la agenda electoral, pero resulta que en la realidad no es el caso porque la actual guerra norteamericana es bastante peculiar. Por un lado, uno de los adversarios, Al Qaeda, es una organización islámica apátrida que está centrada en una serie de ideas y objetivos cuyo núcleo es religioso y que no se encuentra ligada ya a ninguna nación o territorio en particular, lo que no impide que Washington esté obligado a mantener anclado y por tiempo indefinido un buen contingente militar en el lo que fue el centro de operaciones de Al Qaeda, el abrupto Afganistán.

El otro enemigo de Estados Unidos está en Irak. Como se sabe, este último país fue ocupado rápidamente por el ejército norteamericano en el 2003 tras ser falsamente acusado de poseer armas de destrucción masiva. Al final, el verdadero reto para el invasor de la antigua Babilonia no fue derrotar al ejército iraquí –la superioridad tecnológica americana era abrumadora-- sino ganar la paz. En efecto, el paseo de las columnas blindadas norteamericanas desde la frontera con Kuwait a Bagdad, no concluyó con ninguna rendición formal ni se firmó ningún acuerdo de paz, y lo que ahora existe en Irak es un gobierno impuesto y absolutamente dependiente de los ocupantes y una resistencia urbana de origen muy diverso, en ascenso, que está complicando enormemente la creación de una autoridad local digna de tal nombre, lo que está haciendo muy problemática la salida de ese país de las tropas norteamericanas y las de sus aliados. Hasta el momento, Estados Unidos lleva 900 muertos, diez mil heridos, 90 mil millones de dólares gastados en Irak y una imagen internacional muy deteriorada, especialmente a raíz de la comprobación de torturas

a prisioneros iraquíes por parte de las autoridades militares norteamericanas en Abu Grahیب. La caótica situación en Irak no tiene visos de mejorar, al menos no en el futuro inmediato, y el pantano político en que se ha convertido ese país para sus ocupantes podría ser un factor significativo en la actual campaña electoral. Pero hasta el momento no lo ha sido, al menos no en el grado que se supone que lo es una guerra.

Y lo anterior se explica porque si bien Estados Unidos está en guerra, la verdad es que en la vida cotidiana de ese país y fuera de los aeropuertos, esa condición simplemente no se nota. De tarde en tarde Washington alerta sobre posibles ataques terroristas a objetivos norteamericanos en la capital o en Nueva York, pero finalmente eso sólo ha servido para crear la imagen de Bush como un jefe de Estado siempre alerta pero no para cambiar la normalidad de la vida. Así y hasta ahora, el debate político norteamericano en torno a las elecciones por venir, ha girado más en torno a la economía que a la supuesta guerra contra el elusivo Al Qaeda o la inesperada resistencia iraquí.

Antes de entrar al tema de la agenda interna, veamos más de cerca la oferta que John Kerry y los demócratas ofrecen al electorado norteamericano e indirectamente al mundo como alternativa a la política externa de Bush. El senador Kerry ha subrayado y lo va a seguir haciendo, qué, a diferencia del actual presidente que gracias a su apellido pudo hacer su servicio militar en la Guardia Nacional sin tener que salir de su país, él se ofreció para servir en el teatro de la guerra y en Vietnam supo lo que es la brutalidad de la guerra. Y es justamente por esa experiencia directa y personal que Kerry ofrece hoy ser mucho más cauto que el actual presidente antes de lanzar a la gran fuerza imperial norteamericana —ni Kerry ni Bush admiten que Estados Unidos es un imperio, pero el concepto ya es aceptado en los medios de información y académicos de ese país y, desde luego, en los del resto del mundo— a cualquier nueva empresa bélica. Ahora bien, los demócratas no condenan la

decisión misma del actual presidente de lanzar un ataque preventivo contra cualquier país que supongan que es una amenaza a la seguridad de Estados Unidos, sino que apenas se comprometen a consultar el punto de manera más sistemática con sus aliados y a tomar en cuenta el parecer del resto de la comunidad internacional antes de hacerlo, nada más.

En su discurso de aceptación de la candidatura presidencial, Kerry criticó a Bush por haber ido a la guerra contra Irak antes de haber agotado realmente las vías de la acción diplomática, sin haber logrado el apoyo del grueso de la comunidad internacional y aduciendo razones que a la postre resultaron falsas: el gobierno de Saddam Hussein no tenía las armas de destrucción masiva que se dijo que tenía, ni tampoco había establecido ningún vínculo con Al Qaeda, la organización islámica que atacó a Estados Unidos en septiembre del 2001. Sin embargo, John Kerry no ha rechazado el supuesto derecho norteamericano al “ataque preventivo”, simplemente aseguró que será muy cuidadoso al aplicarlo. No se trata, pues de la antítesis a la posición de Bush; es básicamente la misma – se ha impuesto la lógica imperial— sólo que formulada de manera menos prepotente. Y es ese compromiso con el multilateralismo, con la consulta a Naciones Unidas y a los gobiernos amigos antes de actuar, donde, desde la perspectiva mexicana, que reside la ventaja de un triunfo de los demócratas sobre los republicanos el próximo noviembre. No es mucho, pero tampoco es algo desdeñable, después de todo siempre es preferible un imperio con vocación negociadora y multilateralista que uno abiertamente unilateralista, prepotente y que divide al mundo de forma maniquea: incondicionales o irrelevantes y adversarios.

Hasta hoy, y como la votación promete ser muy cerrada, los demócratas han insistido en que van a buscar con ahínco el voto de los norteamericanos “latinos”, pero eso no significa que vayan a diseñar y exponer una política específica para los países de donde provienen esos votantes. A fines de junio, ante la Asociación Nacional de Funcionarios

Latinos, Kerry se comprometió a seguir una “Política del Buen Vecino” con América Latina, pero sin adoptar compromisos específicos más allá de apoyar a la democracia e incluir cláusulas sociales en los tratados de comercio. Se ha sugerido que Kerry podría elaborar una política mejor hacia los trabajadores extranjeros indocumentados que la economía norteamericana sigue absorbiendo en donde necesita mano de obra barata, pero no se ha presentado nada específico al respecto. Más de un observador ha sugerido que la ausencia de América Latina o de México en el discurso de Kerry es resultado de una determinación de los estrategas demócratas y que así se llegará a las elecciones. Desde la perspectiva mexicana, un bajo perfil de nuestro país y de sus asuntos pendientes con Estados Unidos en la campaña electoral, quizá sea positivo, pues algunos de los grupos que pueden apoyar a los candidatos y que se interesan en incidir en la formulación de la política norteamericana hacia México en materia de migración, narcotráfico, comercio, inversión, energía, legalidad, control de la frontera, ecología y otros, no necesariamente coinciden con nuestros intereses. Un bajo perfil y una conveniente ambigüedad, quizá no sea algo malo.

De todas maneras, cuando los demócratas atacan al gobierno de Bush por no haber sido capaz de crear los empleos que prometió, resulta que indirectamente cuestionan la relación con México. Por ejemplo, en la Convención Demócrata uno de los mejores discursos fue de un afro americano, Barack Obama, que puso el acento en Estados Unidos como tierra de oportunidades para todos, incluidos los descendientes de africanos, asiáticos e hispanos. Sin embargo, en ese mismo discurso, Obama eligió el ejemplo de un trabajador en Galesburg, Illinois, que había perdido su empleo con Maytag porque la empresa había decidido mudar una de sus plantas a México (The New York Times, 27 de julio). Kerry ha insistido en que no se opone a la libertad de comercio, pero que de llegar a la presidencia intentará impedir que se pierdan empleos en Estados Unidos porque se traspasan a sitios

donde se paga menos a la mano de obra. Y resulta que en promedio, un obrero mexicano gana apenas el 18% que uno norteamericano (fuente: Alianza Global Jus Semper, julio 2004). ¿Lo anterior es sólo retórica electoral o realmente los demócratas intentarán limitar los alcances del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte? La respuesta no es aún posible, pero la duda está planteada.

Un Punto Brillante.- Nos guste o no, Estados Unidos marca la dirección del proceso político mundial en su sentido amplio. Sin la insistencia de Ronald Reagan en las posiciones neoliberales, por ejemplo, esa forma de ordenar el mundo político, económico y social no hubiera tenido tan rápida y clara aceptación en México. En su discurso electoral, Kerry cuestiona a Bush menos por sus acciones en el campo internacional y más por promover la desigualdad dentro de Estados Unidos. Se trata no sólo de reactivar la economía —dice el candidato demócrata— sino de modificar el reparto de los beneficios. Kerry gusta de poner el énfasis en que hoy 44 millones de norteamericanos no tienen seguro médico, en que los bajos salarios de los trabajadores se combinan con los muy bajos impuestos a las clases más acomodadas, lo que resta recursos al Estado para el gasto social, la creación de empleo y la disminución de las estrecheces en que hoy vive la clase media, espina dorsal del país.

Es en el énfasis en revertir las tendencias a la marginación, la desigualdad y la exclusión del actual sistema económico norteamericano, donde un triunfo de John Kerry y de la plataforma demócrata podría tener un efecto indirecto positivo en México, pues podría ocurrir que un programa así le proporcionara un mayor campo de maniobra a un gobierno mexicano que quisiera marchar en la misma dirección, como sucedió hace casi setenta años, cuando el programa reformista de Franklin D. Roosevelt —el “Nuevo Trato”— sirvió de paraguas político al reformismo del presidente Lázaro Cárdenas. Ahora bien, si Kerry triunfase en noviembre, nuestro problema sería lograr el equivalente mexicano para

poder aprovechar a fondo la oportunidad. En fin, por ahora este lado positivo se debe de quedar en mera posibilidad y sin descartar una reelección del George W. Bush y de más de lo mismo que hemos tenido hasta ahora.